

LOS RÍOS EN INVIERNO

José Miguel Herbozo



**FONDO
EDITORIAL**

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ. 90 AÑOS

LOS RÍOS EN INVIERNO

LOS RÍOS EN INVIERNO

José Miguel Herbozo



**FONDO
EDITORIAL**

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ. 90 AÑOS

Los ríos en invierno

Primera edición, julio de 2007

© José Miguel Herbozo Duarte, 2007

De esta edición:

© Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 2007

Plaza Francia 1164, Lima 1 - Perú

Teléfono: (51 1) 626-6140

Fax: (51 1) 626-6156

feditor@pucp.edu.pe

www.pucp.edu.pe/publicaciones

Diseño de cubierta: Juan Carlos García Miguel

Diagramación de interiores: Aída Nagata

Ilustraciones: Patt Monroy L.

*Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio,
total o parcialmente, sin permiso expreso de los editores.*

ISBN 9972-42-816-6

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2007-06927

Impreso en el Perú – Printed in Peru



(fantasmas)

No nos pueblan aquí sino fantasmas, la inagotable suma
de aquello que se cambia lentamente por inundación
y por congoja, un temor innecesario que trastorna
hasta borrar el flujo de las cosas: ese giro acostumbrado
con que se cambia el presente hacia memoria,
eso que nunca controlamos, pero que ahora
—como el mar sobre las costas asfaltadas—
en la mente saturada nos abrasa, y nos dispone a decir
—en un acto de muerte o de furor— estas palabras.

(la multitud asciende hacia tu casa)

*¿Y dejas, Pastor santo,
tu grey en este valle hondo, oscuro,
con soledad y llanto;
y tú, rompiendo el puro
ayre, te vas al inmortal seguro?*

Fray Luis de León

La voz de la muralla
proyecta nuestras voces sobre el cielo,
escribe silenciosa nuestro rastro
girando sobre el mundo
y nuestros sueños:

la imagen que da vueltas nos hablaba
en ciénaga de cal e invernadero,
haciendo polvo el habla y acallando
el sino del dolor que escucha el viento.

Ya nadie nos espera en la montaña
unido a nuestros pasos, nadie espera
ni arredra entre las manos el misterio,
mitigando el dolor, aquello que no habla
y agita la memoria por adentro:

por ti que vives tras los cuerpos
detrás de las palabras
la multitud asciende hacia tu casa
presintiendo
no alcanza la esperanza
en estos tiempos
y el sol en la mirada
repite a la distancia
la mácula de orígenes y miedo

y ahora de la nada
—arcadas por adentro—
se quedan las palabras
vacías ya sin tiempo.

Mira la montaña iluminando
el rebaño de dios que está ascendiendo
saltando de las lindes a las lindes
la coda de camino más agreste
el ojo de la nada en que me observo.

Pensar que estaba solo presintiendo:

viniste aquí a posarse frente al ciego
que cree en tu mirada y sin embargo
no deja de girar sobre el desierto
poniendo allí tu pausa, en las palabras
que giran en su voz, como un espejo.

Los pies las manos nadan
en medio del sendero,
tu luz cuando apareces de la nada
reviste en el invierno
el cerco nebuloso del deseo,
el agrio resplandor que en mí no calla,
la sal que nos recubre de comienzo,
que sostiene de lo alto una palabra,
un cerco que divide lo terreno:

los pobres los incautos se distancian
llevando más allá
lo que no es nuestro,

la esfera que devora la esperanza
eleva sutilmente nuestros cuerpos,

los ojos y los pasos nos engañan
arrastran la corriente en el silencio

y yo que no poseo
más nada sobre el cieno
levanto la mirada presintiendo

una línea sobre el monte
es el ascenso
un hilo de señales
y proverbios

siguiendo lentamente lo que acallan
las horas de dolor sobre los huesos

y tú no dices nada de los cuerpos
ahora solo ladras
dejándonos postrados en tu templo
el cuerpo sobre el cuerpo inanimado
la carne la mirada decayendo

laberinto de señales advirtiendo
que puro tu rebaño en el ascenso

el sueño de caer desde lo alto
y cuán impune uno
se aprovecha del miedo
del vuelco de la calma
entre los sueños

y todo lo que ha sido
y lo que vemos:

el limpio y simple cielo que contempla
como nos sucedemos.

(niebla)

Un camino de tierra en medio de la tierra

César Moro

Cuán humano fenecer en medio
de una mañana sin presagios
ni fronteras, en medio de aquella imperturbable
aunque también temible oscuridad sonora,
aunque también visual, que nos aqueja.
Y en medio de la tierra no soy yo, sino la otra
proporción, una juntura de carne con la piedra
que me señala y me corta,
que me desplaza y silencia;
hasta que cae la tarde y nos apura
de regreso a las preguntas primeras:
la oscuridad diluye los despojos
en el rojo interminable que silencia,
que devuelve al principio de todo
cada gota de mar que el sol eleva;
ante casas que de súbito levantan
ese vuelo tan humano de la ausencia;
ante cuerpos que estallan —el pasado
hace lento su retorno— con violencia,
y el regreso de los puentes al estado

en que callan las cosas más etéreas
y esta fiebre de decir que nos ahoga
bajo el agua o en medio de la piedra,
como una piedra en el lugar del ojo
y en el ojo —tan callando— mucha niebla.

(sucesiones)

*La ciudad libre de miedo
Multiplicaba sus puertas*

Federico García Lorca

*huyó lo que era firme, y solamente
lo fugitivo permanece y dura*

Francisco de Quevedo

La memoria es transparente, la mañana
se divide sobre el cielo, se desatan
las entrañas del invierno, separando
la memoria de los cuerpos, estaciones
donde nace una ilusión resplandeciente
sometida al rojo círculo de fuego.

La memoria es de papeles, la mañana
es un brillo de silencio que contempla
nuestros lirios sobre el fuego,
transformando el suelo inerte,
recubriendo de cenizas el cemento.

Ciudades tenebrosas donde todo renace,
repetiendo el mismo limbo
en el sendero,

repitiendo el mismo canto alucinado
sobre la flor del ensueño:

principio de final oh caos innumerable
el rito de la voz
el tiempo intenso
la memoria de estaciones en mi canto
y el sonido de los pasos que hemos dado
para llegar aquí

anudando las palabras los sonidos secos
la mirada no podría subvertir
nuestra suerte sumergida en el deseo,
el sonido con que se cubre el retorno
de un pasado que va quedando lejos,
enredado entre las piedras, calcinado,
como voces que nos hablan ya de más
y recuadros que se apagan en el tiempo.

A veces parece la mañana
sobreponer un manto, un paredón hecho a rayas
entre gritos desgarrados, una muralla alzada
por sobre todo lo amado, y unas huellas ajadas
o formas de ser hombre bajo el llano
que siempre nos aplasta,
aunque el ojo se dispone a redimir
siempre la suerte echada, que de menos
aparece ante nosotros, como resucitada.

No comprendo aún si las mañanas
nos cortan cuando cambian, la comida deshilando
cada noche entre la paz de madrugada
y las cosas que soñamos: una ciudad que se corta
también con las miradas, pero que se integra siempre
en un tibio bermejo que al principio
se presenta intermitente, y al final resulta
la huella incontrastable de que todo sucede
incontenible, una vez en cada uno,
y al final resulta inevitable.

Pensar en sucesiones siempre nos arrastra
a contemplar las casas quedamente
en la paz de la ventana, a coger el teléfono
y marcar violentamente alguna, alguno
que surcando la memoria de lo oscuro
nos arrastre a pensar en lo que falta
y volver por un pasado que no alcanza
y que siempre nos arrastra a hablar ahora,
aunque no es más que solo polvo
y mucho de memoria, un súbito aplacar
en frente a la palabra que es humana
y la emoción que antojada, nos impulsa a volcar
todos los esfuerzos atrás, todas las cosas.

Pero los esfuerzos nunca nos alcanzan:
la agenda no funciona, las páginas escritas
serán como retratos o palabras anudadas,
cosas que siempre existen en medio de nosotros
esperando un lugar, o en el peor de los casos
amontonándose donde no estorban,
mientras se pasa el día, y uno queda en silencio
mientras las luces giran y las cosas cambian,
y las rosas iluminan el jardín de al lado
con el brillo de lo que ya no es nada.

Pensar en sucesiones nos arrastra siempre
a detener la página acabada, a desplazar el pulso
más allá del final de cada imagen
o señal desenvainada: el cuarto oscuro
donde se dicen día a día las plegarias
para que todo salga, y después anudarse
un poco los zapatos, y luego echarse lentamente
un nudo en la garganta, y luego detenerse
a transitar por el cuerpo, una ruta callada
que escribe siempre sola, en medio del secreto
los signos indistintos de un furor que nos abrasa,
y en medio de la paz de la mañana
unos pasos de más, unos sucesos bajo el sol,
y luego mucha paz en la morada.



(los ríos —en invierno—)

*Mas ahora yo apelo a los orígenes,
pues en tu fase a este mundo vine,
y me quedé por siempre padeciendo
de los desdenes silenciosamente*

Carlos Germán Belli

la muerte solo dura una estación
Ezra Pound

Me parece tan humano ese temor,
esa huella que en la piel nos deja intacta
una señal de estación cuando atardece
y unos fieles que regresan a sus casas
para nacer con el sol.

En el puerto de noche anclan las naves
donde fieles oscurecen los senderos,
un claro resplandor ahora separa
la paz inanimada de los sueños:
una sombra aparece de la nada,
se queda solitaria, allí existiendo.

Antes era ese mar quien nos hablaba
de un camino que llevaba más allá
de las puertas y ventanas del pueblo,

la ciudad que arrebatata la mirada
para inventar el tiempo va extinguiendo
las cosas que uno ha visto caminar;
hoy sabemos también que el mundo habla
con el giro del sol amaneciendo.

Cuando el ojo dice formas que avasallan
el hombre se sumerge, sin ademán de palabras,
en el cuerpo que lo ha envuelto sin preludios
ni extensiones de secreto: el mismo hombre
repite varias veces —todas por la mañana—
el rito del silencio, el habla solitaria
a un más allá tangible que lo ha vuelto
el centro de sus miedos, la mirada,
el eje más incierto que lo asombra
y transforma en lo que calla, y va girando
hasta ceder al agua, ya secreto.

Así llega el pescado a la mañana,
la palabra a la mesa, el hombre habla
con el cansancio del cuerpo, la mañana
extensa sobre el río que es incierto
—como la vida misma cuando calla—
nos habla con su furia acostumbrada
el idioma del mar amaneciendo.

La ceniza hablará de otras mañanas
de cubrir con su sal el movimiento,
de desplegar una sombra
sobre el rayo que es eterno,

el sonido de los puentes bajo el agua
y un andar por debajo hasta la muerte:

no habrá estacas para andar otra mañana.

La ciudad vacante enreda el miedo,
cómo borrar el mapa, establecerse
en medio de la nada; una escritura
sin tinta ni palabras, huella de agua,
la levedad y el rito que contienen
un círculo de sal en el silencio
y manchas en el alma.

Ya ninguna mañana que esperar
ni otro valle que habitar bajo las aguas.

La ceremonia errática del río
—rictus de tierra y penumbra—

un horizonte imposible & nuestras manos

sin tiempo para asirse
después de la mañana.

(españa)

*porque se vido sin ella
en una ausencia muy larga*

Lope de Vega

*Setembro expoe meus despojos
Pelos postes da cidade*

Ferreira Gullar

Son las seis de la tarde aquí en España,
son las seis de la tarde; ella extrañaba
el silbido de los vientos, el movimiento inerte
de los bloques de acero en el asfalto;
el sonido de la calle cubriendo los oídos
y el furor amargo de la desesperanza.

En su lugar conduce, ella atraviesa
la ciudad en un instante mientras sueña,
mientras piensa con desdén en el volante,
en el tránsito del viento, aquel ocaso,
las postales como un circo remediando,
los espejos que le aquejan al final,
las mismas tardes.

Va pisando el asfalto, sí, pisando,
la amargura pisando y está sola en el asiento; si los hijos
son de otro, esos, los hijos, se parecen ¿al señor, mamá?
¿de la vez pasada en el café, mamá?

Odiaba los cordones rojos, y él no hacía
más que mirarlos todo el tiempo: *que preciosa*
niña, me decía; que preciosa;
yo no hacía más que pedirle a mamá
cómprame unos cordones azules.

Era cierto, ella creía, él se lo dijo:
reprimir no sirve de nada, olvidarme,
aparecerme siempre y no serme
para hora del desastre, las canciones
repetidas, los desplantes, una a una
las paredes diletantes, solo tú
estremecedora de las realidades,
tú que cambias con las voces, por mí ruega
en la canción de esta noche, por mí ruega
en la hora del desastre.

Madre dice España su lugar, desde allí siempre
ese señor presente, madre; aunque no dice
que hace todo por canción para esperarte,
cuando el ruido es sinfonía disecando
los sollozos, las palabras abusivas
no me cortan, ni el estruendo del odio
entre la hierba;

recordando las plegarias del culpable:
pobre loco que sufres, pobre loco,
yo tengo una canción para ti, una canción
que no es mía pero tampoco es tuya,
una canción de nadie, acaso de los dos,
que hace todo más distante.

Pero nunca me atreví a hacer nada distinto, nunca, nada,
nunca.

Por la borda los reveses, vida entera desplegada,
amaneceres, las lágrimas de siempre entre la almohada,
ser asfalto que cubre el corazón, no ser en la garúa, ser
tus nervios en la hora de la lluvia, aquellos nervios:

tú partiéndote en pedazos
o en mitades;

por el *otro* matrimonio, el matrimonio,
la vacilación a cien, las curvas del camino no previstas,
perecer, el cinturón bien puesto —no de hija para ser—
el piano grita la cola melodías
tan vibrantes

mientras ella se golpea en el cemento
y se recorta,

él espera y espera
como siempre.

Esos cordones rojos a la hora del accidente.

Ella madre con los nudos en el vientre.

Ella novia soledosa
para aliviar el desastre.



(final del sueño)

*Nadie me busca ni me reconoce,
y hasta yo he olvidado
de quién seré*
César Vallejo

Ya es muy tarde, señor; no habrá de ver
la niebla que lo inunda cada tarde,
aunque muera esta noche un poco menos,
aunque muera en verdad, o esté durmiendo.

Si el temor no lo convierte, acaso nadie,
aunque apague en las manos aquel fuego,
la garúa interminable se desata
en el nudo del invierno, y aunque tarde
en las horas de fuego el cielo arde,
y vuelve en mí furor para más luego.

Estoy tranquilo, en verdad, estoy tranquilo,
pero adentro también llueve
y nadie sabe. Su cadáver me pesa
en la espuma del follaje, entre la oscura
soledad incierta de mi calle;

usted sabe, señor, de este verano
en que el vértigo se trepa por mis piernas,
en que manos se vuelven opresoras
de otras naves,

de esta impura desinencia de artificios,
sobre el miedo que bufando es de penuria,
por la sangre renegada para quiebra,

y el cadáver se aleja por mi culpa
porque no estoy para piedras, —dos minutos,
las monedas no me cortan—, esta línea
para siempre está cerrada de condena,

las llamadas de siempre, una de muchas,
los cadáveres que duran, noche asalten de usted,
aún partiendo a su velorio, va quedando,
va muriendo en verdad
o ya está muerto.

Has de volver la senda —dijo el otro—,
en el trazo de garúa, por la senda
de mirto y de blancura, la cabeza
coronada de luces a la puerta
que dejaste, corona sin corona,
la prueba de barullo y la decencia
llevando entre dos dedos a tu muerto,

con el asco entre las yemas, con la culpa
pegada a las sorpresas de la noche,

como el polvo de tus prendas, adelante,
se prístino y prudente, de brillar depende
que vayas por mi puerta, en ti se pierde
la noche que comienza a asesinarme

me tomo por la sangre de tus dedos

banales tempestades me sofocan

el ojo de dios va por mi calle.



(una llave tras los huesos)

*A veces regresa,
en la inmóvil calma del día, el recuerdo
de aquel vivir absorto, en la luz asombrada*

Cesare Pavese

Yo que caminaba tanto para no cansarme
de renunciar a lo que nunca cambia,
ahora solo, pensando un poco menos
en lo que nos espanta, en esos cuadros
que cortan el camino, y que no vemos:

el sol me trepanaba sin mirarme
—girando el corazón adentro—,
mas no se puede renunciar a lo que está
constantemente yéndose y viniendo,
a lo que nos abraza, y sin mirar las manos,
se aleja blanco, del blanco descendiendo.

O cómo renunciarse, por ejemplo,
a ser el otro lado de la nada
o una luz sobre la puerta cerrada
que mide en el destino y dobla el cuerpo,
como si hubiera perdido la mirada,
como si hubiera perseguido

una zona del cuerpo donde acaban
cerrando el descontento, aquellos sueños
que atacan cada cosa, en la mirada,
cantando como mágico secreto.

Así te atravesaste en mis palabras,
y nada que decir, que me quedaba,
yo estaba caminado, el tiempo al tiempo,
blandiendo allí una espada en el secreto,
apareciste —así como no ahora— de la nada
y aprendiste a dibujar sobre mis marcas
y borraste aquí los signos, el sendero,
y yo perdí las pistas en medio de la nada.

Era toda esa luz que se encuadraba
marcando el escenario, y no el recuerdo
que nubla la memoria y corre por el tiempo
y todo lo avasalla, deshaciendo
sobre unas manos blancas ya trazadas
porciones de distancia en el cerebro,
la sensación de helarse, el mundo atento
al mundo que se alza entre sus muertos,
y deja los despojos, dos, nosotros,
el tiempo que nos une y la mirada
cercando el horizonte por adentro.

El horizonte descubre y no remece
lo que salta al escenario sin remedio:

ella silente y hablando, allí a lo lejos,
y yo para mi casa, que es ninguna parte,
y ella así imitando: lo que nunca acaba
está hecho para despedazarse
debajo de la tierra, o como un lirio
convertirse, o geranio en adelante;
pero yo no diré nada —estoy callando—
y las cosas que nos quedan, la batalla
se diluye sobre el blanco de su cuerpo
vestido y sus palabras, no recuerdo
lo que lleno con el blanco, solo quiero
lo que llevo entre las manos —una llaga—
soledoso como si el cuerpo quieto
sosteniendo dos palabras —cada nombre
que se corta en el silencio— dice algo
que traspase el elemento más humano
o una llave tras los huesos que guardamos
donde ella dice lento, o preguntaba
si es que acaso no era tarde para
arreglar los desencuentros, o arredrarse
entre pasos tan inciertos, como he dado
por andar sobre lo incierto y dibujando
lo que hablaba en nuestro invierno.

Pero yo no diré nada —en eso pienso—,
y los cuadros desenvainan sus señales
engastados sobre el cuerpo, allí sangrando
nuestro hilo sobre el tiempo, es tan difícil

procesar el horizonte sin mirarnos
o sangrar ya desde lejos —no sabemos—.

La agitación de la rueda nos señala
por aquí, que tantas veces nos veremos
—y dijiste mis palabras, yo soñaba
con estirar los recuerdos—, y así fue
que empezamos a girar; allí el viento
fue cubriendo nuestros cuerpos,
un milagro diluyó lo que quedaba
todo estaba en la distancia —me explicabas—,
porque ahora tan distantes, tan dispuestos
para decir en silencio, una palabra
o mejor silencio, silencio.

(fuga)

*Salí satisfecho y, sin embargo,
esas palabras me siguieron mordiendo,
multiplicándose en silencio*

Sófocles

—De pronto me cansé de girar
sobre este lado de las cosas:

la pared llena de imágenes
los cuadros de instantes que se incendian

tan harta de internarme
debajo de las mesas

tan solo oscuridad sobre la noche,
un hábito fantasma que nos lleva
de pie hasta el recinto mismo
donde la paz inanimada aqueja,

y un cuerpo replegado allí en sus límites
sometido ante los bordes de la niebla.

La casa vacía me silencia
y todo en mí se enciende

ya no resisto habitar
donde nada *de mí* me pertenece.

Por eso salgo a buscarme, aquí
no estoy nada tranquila;
ya te lo dije, sufro la falta de espacio
y cuando eso sucede prefiero
en la ciudad perderme o escuchar
el sonido del mar y las piedras.
Tanto me cuesta volver, que ahora no puedo,
no me atrevo a dejarme llevar por esas
sensaciones, así que prefiero reemplazarlas.
Con un viaje siempre encuentras algo nuevo que sentir
y ves como todo pasa o se queda,
pero de manera pasiva.

—Eso es mejor a veces, evitar
las sensaciones violentas —cuando resplandeciente
una sombra inunda al otro, mientras ella
desde adentro intenta decir después de todo
cómo en trampas que nos juega la suerte
hay hábitos de furia y de miseria
y una suma al decir que nos arrastra
pero nunca afuera; eso que se dice un trompo,
la acumulación de absurdo y angustia en la cabeza—.

—Mientras sueño el mar me inunda, todo afuera
permanece completamente estable, una respuesta
a mis ganas de escapar, de salir de inmediato
pero también lentamente, sorda a la necesidad.

No se lo que busco cuando presiento el agua
de la mañana el sueño separando, la mirada
y el contacto de mis ojos cerrados

hurgando en mi cabeza,
un retorno constante al agua siempre
un no ser de los límites renueva
—pero siempre perseguido y solo—
ese sueño del que nadie despierta:

puro miedo y vacío ascendentes
más allá de todas las fronteras

puro miedo y vacío de decir
con los límites al hombro

y en el medio de la niebla está uno solo
aunque lo ajeno adentro

y aquí
aquello que me inunda
y me reclama de vuelta.

—Puedo intentar otras cosas, es perfecto
para empezar todo de nuevo...

—Haz lo que quieras con eso.
Si te lo digo ya no es mío.

Lo único que llevo de aquí son mis dudas
—sería muy bonito sentirlo así de paja—.

(canto de invierno)

Tout l'hiver va rentrer dans mon être

Charles Baudelaire

El fin es seguir. Solamente se puede terminar si uno sigue.

Mario Montalbetti

Para canto de invierno perecer
para noche del alba y desconcierto

cansado de ocultarme entre la lluvia
que todo lo corrompe y purifica
y lo corrompe
aunque todo se rompe con el viento

lacerada ajena de mi vida
tú que sola te desatas por adentro
tú me arrancas ardiendo
sin palabras.

Cuando el ruido es de silencio
de muerte el territorio
solo de sol cuando nace
del cielo la pantalla

el desconcierto amenaza
el invisible cerco de los sueños
el pasado irrumpe en medio
y la mirada
se adelanta a lo que no veremos:

la estación amenaza & no comprendo
una mañana que habla a la distancia
ni un adiós para encontrar una casa
de noche en el desierto

para canto de invierno yo controlo
la amenaza del final entre los sueños
el enojo de noches opresoras
que nos une de espaldas a los cuerpos

las canciones se repiten las campanas
van tañendo en la sangre de los muertos

cuando el tiempo se repite & la distancia
se llena de cadenas
y conciertos

la piedra se cocina
entre mi sangre y tu cuerpo;

para canto de invierno llevo el miedo
cuando pierdo el obelisco entre la siembra

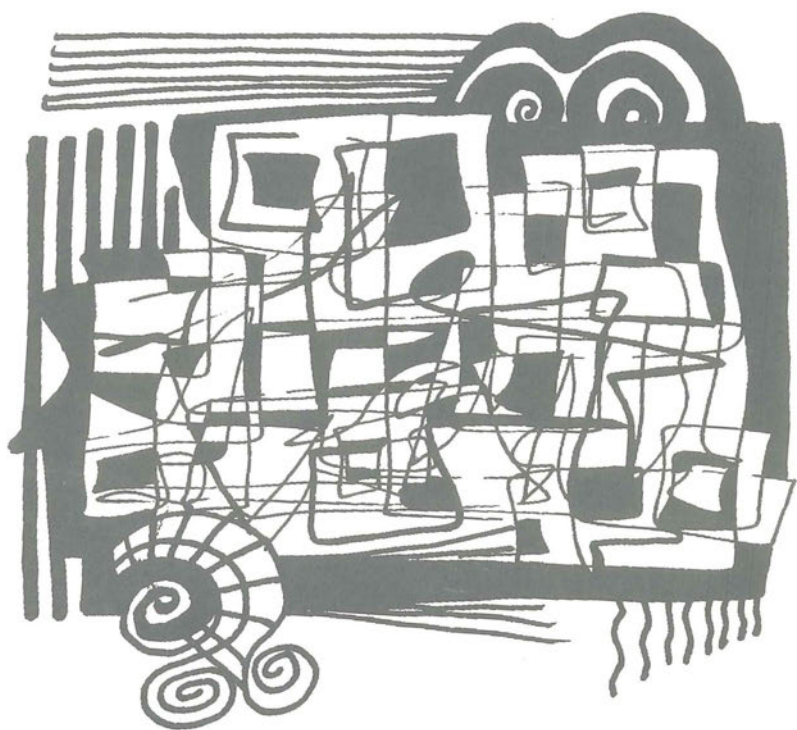
solo la luz no parece
se transforma
en crujidos de viento que se elevan

nuestros muertos se pelean entre ellos
van al mundo
con la mano sometida a las cadenas
donde desatan los cuerpos

otras manos
sujetando una cruz de cemento
& la casa que nunca dormiremos

viene al mundo la agonía
no saberse en el libreto desigual
y menos denso

mientras humo se disipa & los sentados
se rebajan
para canto de invierno



(el viaje)

*Y por aquello de las ruedas rotas y otros obstáculos,
debo decir que fue un duro trayecto
sobre caminos retorcidos como tripas de oveja*

Ezra Pound

My people humble people who expect

T. S. Eliot

Tan lejos del silencio ha entrado el tiempo,
cercano de la nube que convierte
el polvo en lodo y la pendiente en piedra
frente a un mar que silente ahora resuena:

un sonido que sube en nuestras pieles,
algún paso del mar hacia la niebla,
un incendio que leve, hace girar la rueda
cuando vierte los signos incipientes
de algún fuego que escondido, se libera.

Podría abandonarme en las orillas
donde el abrazo del mar me despierta,
resucitar en otro, atravesar una puerta,
cruzar entre mí mismo por el puente
que separa de las otras riberas

o silenciar templado en el final de todo
y oscurecer torpemente en la marea.

Establecerse en algo siempre es otro,
en un lugar negado para herencia
suelo para curar del todo
el efecto del río que nos lleva
en su cruzar callado a las murallas
de una zona inocente que comienza.

De pronto vi una raya en el desierto
miles de rayas atravesando el desierto
habitaciones de caña y esteras

donde surge una mirada un mapa
y un látigo de sal interminable
en el silencio de sus huellas.

Cuantas casas germinando a la mañana
como las hojas del árbol, el inoído furor
con que se nutre la ciudad de lo que resta,
de la tierra hecha pedazos, la caída
de los restos en la hierba, y los restos
de la nada germinando y germinando
hasta que el invierno llega.

Unos ojos incendiándose en verano
cuanto ruido luminoso que destella,

nuestras voces apagándose, ilusiones
que del cielo a despertar nos llegan,
y una puerta que la voz nos ha negado,
casi un gemido, casi
un animal que despierta.

La pesadilla acabaría sola,
no hubo ruidos ni marcas de botellas,
apenas unos pies y algunas manos
y unos restos como estacas allí:

periódicos + periódicos = periódicos
para el muro que es paisaje de la pena

con las moscas del desierto
cubriendo los cadáveres del llanto
y en el llanto una memoria que no cesa.

Nunca faltan el alcohol ni los muertos
cuando lo único real es lo que queda:

más monedas
al oriente de la pena

estamos solos
moriremos más tarde
de espaldas a la niebla.

Vemos todo decrecer solemnemente
pero esperanza nos queda

como si nadie supiera que el progreso
es una cueva de rateros que se roban
los unos a los otros
es decir el mito de la armonía celestial
pero a la inversa,

no hay que ser observador
para mirar
que a lo largo de la historia es tan común
la decadencia,

me da pena pero el tiempo es circular
como el desierto solo blanco de marea

& cuando el mundo despierta
el corazón
una horda de incendios que se elevan

bajo el humo y la niebla las ciudades
bajo el humo que es de polvo en las esteras

viene el viento de nuevo
& todo se desordena.

Los ríos en invierno

(fantasmas)

9

(la multitud asciende hacia tu casa)

11

(niebla)

15

(sucesiones)

17

(los ríos —en invierno—)

23

(españa)

27

(final del sueño)

33

(una llave tras los huesos)

39

(fuga)

43

(canto de invierno)

47

(el viaje)

53

*Se terminó de imprimir, en los talleres
de Grández Gráficos S.A.C.
en el mes de julio de 2007,
por encargo del Fondo Editorial de la
Pontificia Universidad Católica del Perú
www.grandezgraficos.com.
Teléfono: (511)531-4658*

Los ríos en invierno es el título del poemario que, seleccionado por un jurado compuesto por Marco Martos, Ricardo Silva-Santisteban y José Watanabe, ganó la versión 2007 del Premio Nacional PUCP. Su joven autor, José Miguel Herbozo, forma parte del selecto grupo de ensayistas, narradores y poetas consagrados por este importante galardón, que se propone la construcción de una sólida identidad nacional y un auténtico desarrollo de nuestro país, y que año a año es posible gracias al incondicional apoyo de la Fundación Carlos Rodríguez-Pastor Mendoza y el diario *El Comercio*.

ISBN-978-9972-42-816-6



El Comercio

FUNDACIÓN
Carlos Rodríguez-Pastor Mendoza